

llas, los ocre, y, en las regiones tropicales, especialmente en la América del Sud, los frutos que tiñen el cuerpo como el janipabeiro y el achiote, son, entre los objetos de tráfico, los más solicitados. Los adornos y las



HOMBRE TATUADO DE MOGEMOK
(ISLA MACKENSIE, CAROLINAS)
(Delante)

El hombre culto de nuestros días tiene su pasaporte, su cédula, su libreta ó sus insignias; el hombre de los tiempos pasados exponía sus títulos á la vista de todos sobre su cara ó sobre su cuerpo. Por lo de-

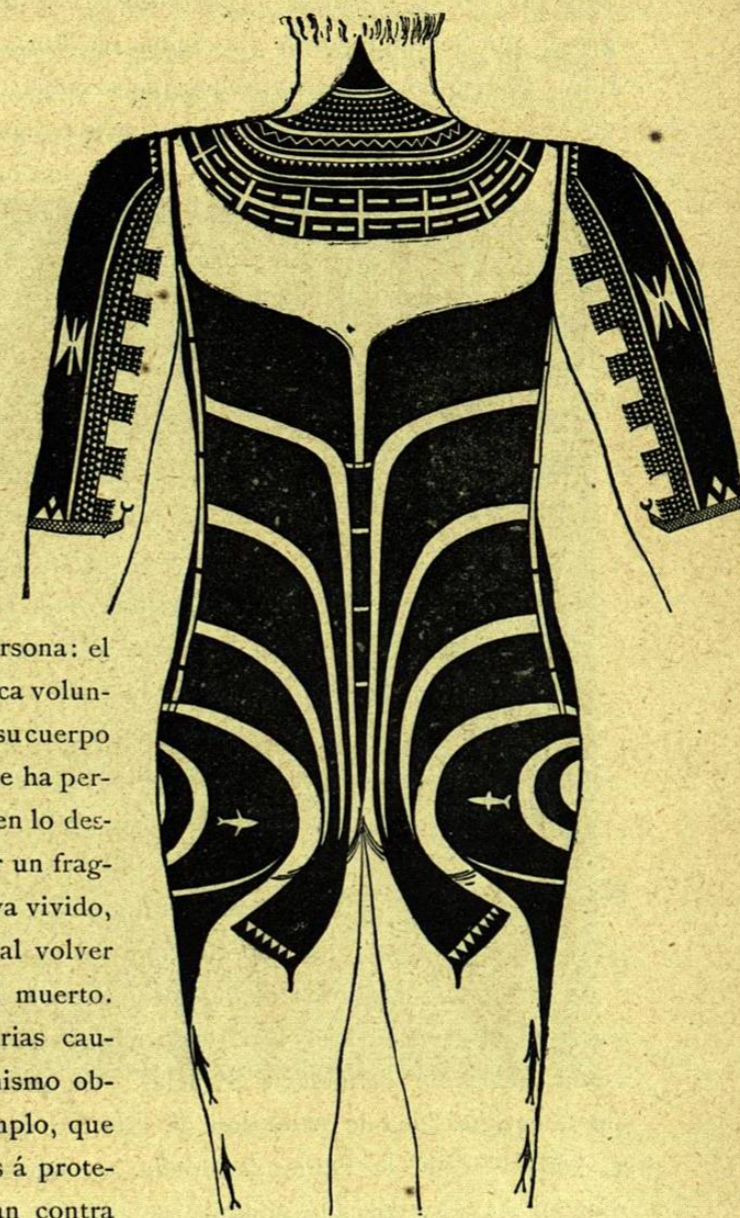
pinturas no difieren sólo según los materiales que suministran ciertos países, sino también según la forma de las cabelleras y el color de los rostros: los artistas juzgan con sabia coquetería el efecto producido por sus artificios. A los medios exteriores de hacerse bello, ó, según las ocasiones, te-

rrible, los primitivos añadían y añaden aún, en muchas comarcas, las marcas indelebles del cuerpo: heridas, muescas, escarificaciones ó supresión de miembros, tatuages ó taraceos, pinturas y dibujos. El deseo de agradar ó de aterrorizar no fué la única razón de esos sufrimientos voluntarios, de esas torturas y hasta de esas mutilaciones: la mayor parte de las tribus y en ellas cada persona tenían que precisar su individualidad, exponer su origen, proclamar su gloria, exponer sus ambiciones, eternizarse en la memoria de los siglos.

más, en semejante asunto, la distinción buscada ocasionaba una afeamiento de la persona, porque así como por jactancia el civilizado se alaba de sus vicios ó de sus crímenes, el salvaje se envanece de que á sus manos les falten falanjes, de sus mandíbulas melladas, de sus labios distendidos por anchos aretes ó de las cicatrices de su frente. Con frecuencia también, el hombre que se desfigura ó se mutila puede tener otras razones aparte de la vanidad ó

la identificación de la persona: el que está en duelo sacrifica voluntariamente una parte de su cuerpo al amigo ó pariente que ha perdido, sea para seguirle en lo desconocido, al menos por un fragmento de su ser que haya vivido, sea para reconciliarse al volver al hogar el espíritu del muerto.

Se entremezclan varias causas que conducen al mismo objeto. Vemos, por ejemplo, que los amuletos destinados á proteger á los que los llevan contra todo sortilegio, son al mismo tiempo alhajas: el collar de coral que la elegante mundana se pone al cuello, la defiende contra los malos espíritus, pero ella hace valer, además, la blancura de su tez y la opulencia de sus hombros.



HOMBRE TATUADO DE MOGEMOK
(ISLA MACKENSIE, CAROLINAS)
(Detrás)

El tatuado, muy grosero en su forma rudimentaria, como se practica aún en muchas tribus, ha llegado á ser un arte de los más refinados, pero sólo en las comarcas cuyas poblaciones pueden, á la vez que progresar por la inteligencia y la industria, librarse de la tiranía del vestido. El Esquimal no se tatúa porque se cubre completamente de pieles.



TATUADO DE MUJER
MOGEMOK (CAROLINAS)

Rasgos, líneas ó sencillamente puntos, luego círculos y cruces son ordinariamente las marcas indelebles introducidas en la piel por los artistas tatuadores. Florecillas grabadas en la frente, en las mejillas, en la barba, el brazo ó el pecho de las jóvenes, son graciosos ornamentos que atestiguan con frecuencia un arte verdadero, y después de pasada la impresión de extrañeza que causa su vista, se admiran aquellos conjuntos de dibujos, grecas, rombos, cruzamiento de triángulos y de círculos, que se armonizan de modo maravilloso con la estatura de los individuos, hombres y mujeres, de ciertos poblados africanos en la parte occidental del continente. El triunfo del tatuado es el que nos presentan, en un estilo bien diferente, pero no menos interesante, los insulares de varios archipiélagos polinesios y los Japoneses.

Parece extraño que el tatuado haya llegado á su perfección artística en esas islas oceánicas, en su mayor parte de escasa extensión y, por consiguiente, privadas de una población densa donde pudieran nacer espontáneamente verdaderas escuelas. En primer lugar se reconoce que la antigua zona de extensión de este arte comprendía sólo los parajes tropicales de la Polinesia, donde los árboles frutales, las plantas alimenticias y los pescados suministran alimento muy abundante y donde el artista gozaba, en consecuencia, de muchas horas diarias para la continuación de su trabajo: la ociosidad en una naturaleza bella y fecunda, que daba al hombre fuerza, agilidad y belleza, dejaba al trabajador ingenioso, exceptuado del trabajo forzado por la existencia, el tiempo necesario para emprender sobre el paciente, también sin la preocupación del

mañana, una obra cuya ejecución exigía años, con frecuencia todo el período de la juventud. La larga y penosa operación podía poner alguna vez la vida en peligro, pero en ciertas tierras oceánicas sólo á ese precio se era hombre ó mujer: ninguna mano impura, es decir, no tatuada, hubiera podido servir la comida; ninguna figura que hubiera quedado en estado natural hubiese podido imponer respeto. El tatuado era para el hombre el símbolo de la libertad.

Y ciertamente, el Maorí y el Marquesiano, soberbiamente tatuados, presentaban un bello espectáculo de orgullosa desnudez, tan historiadados, teniendo sobre el fondo rojo del cuerpo rasgos azules que se desarrollaban en elegantes curvas, diferenciando el dibujo según la forma del relieve, aquí acusando los rasgos, allá suavizando los contornos, añadiendo la nobleza y la gracia al bello equilibrio



TATUAGE JAPONÉS EN LA ESPALDA DE UN SOLDADO INGLÉS

De una fotografía.

de las dos mitades correspondientes de la persona, para imponerle una anatomía nueva, que fijara la mirada.

En el Japonés, que sin duda es parcialmente de origen oceánico, el tatuado, modificado según el modelo de la pintura nacional, ha tomado un carácter muy diferente del de los polinesios: se ha emancipado de la simetría que parecía imponer las formas armónicas, ó por mejor decir,

ha abandonado la geometría corporal, sustituyéndola por la unidad de su dibujo, formando notables é imprevistos cuadros en que serpentean libremente los dragones y se entrevén aves y rostros femeninos á través de la florida enramada.

El tatuado, desaparecido casi de la sociedad contemporánea que se respeta, ó á lo menos cobardemente oculto bajo los vestidos, era una verdadera vestidura que respondía al genio del individuo, y no sufría la influencia de la moda sino de una generación á otra; pero esa investidura incorporada á la persona habrá evidentemente de perder toda su importancia en una sociedad nueva que adopta el uso de un vestido exterior, móvil, fácil de cambiar á cada momento según las alternativas de la temperatura, la diferencia de las ocupaciones, los caprichos y las pasiones del individuo. Los rasgos grabados sobre el cuerpo se habían hecho para ser vistos, para inspirar la admiración, el amor ó el terror; es, pues, natural no darse ya la pena ni someterse al peligro de trazar sobre el cuerpo imágenes destinadas á permanecer ignoradas, y por tanto, el tatuado había de caer fatalmente en desuso, desde los tiempos prehistóricos, en todos los pueblos que habían adoptado la costumbre de endosarse pieles, clámides, togas y calzado, y signo de casta ó de cofradía entre gentes que no querían revelar á todos la asociación de que forman parte, como pasaporte ante amigos lejanos ó como testimonio simbólico de algún voto de cólera ó de amor; de ese modo se ha conservado hasta nuestros días entre los Bosniacos del culto católico, como entre los peregrinos de Loreto¹, quizá porque en ellos el tatuado convencional comprende siempre una cruz². Pero el origen de esta costumbre, mucho más antigua que el Cristo, se refiere á las religiones de la Naturaleza, y no se somete á ella sino antes del solsticio de primavera y cuando se ha entrado en la edad de la pubertad. Al perder su carácter de gran arte, honrado por todos, para convertirse en una práctica de misterio y aun de despreciable vanidad, el tatuado hubo necesariamente de envilecerse poco á poco y volver á las formas rudimentarias de su principio. Ya no es lo que fué en sus bellos días, la historia de la raza y la alegre celebración de su ideal³. Cuando un individuo cometía un

¹ Enrico Ferri, *Notes manuscrites*.

² Ciro Trushelka, *Les restes illyriens en Bosnie*.

³ Watke, *Ausland* 1873, núm. 4.

acto juzgado contrario al honor, se le tachaba el tatuado con marcas innobles.

La vestidura, que vino á reemplazar los adornos grabados sobre la piel, debía en gran parte prestar al hombre el mismo servicio de adornar, de satisfacer su vanidad personal y de señalarle á la admiración de todos. Sin embargo, la mayor parte de los moralistas, obediendo á

las preocupaciones del tiempo presente y transportándolas al pasado, han convenido en ver en un sentimiento de pudor la razón primera de los vestidos de toda especie que usan los hombres¹; sobre este asunto, aceptan la leyenda de la Biblia, que nos muestra la primera pareja humana viviendo en el paraíso en su bella desnudez, vistiéndose después de hojas en cuanto comieron un fruto que da el conocimiento del bien y del mal².

Si tal hubiera sido realmente el móvil á que obedeció el hombre al cubrir su cuerpo, ¿por qué muchos pueblos primitivos, Australianos, Mincopios y Botocudos muestran su desnudez sin vergüenza? Y sobre todo, ¿por qué otros salvajes decoran sus formas naturales con franjas, conchas, perlas, cuentas rojas y cristalería, atrayendo así la atención en lugar de evitarla? ¿Por qué los Canacas de Nueva-Caledonia y otros insulares melanesios; por qué los cafres de Lourenzo-Márquez, no usan otra pieza de vestido más que una sencilla envoltura á la extremidad del miembro viril, sea una vaina de hojas puntiagudas ó un pequeño turbante de



CANACA DE LA NUEVA-CALEDONIA
Y SUS ADORNOS NATURALES

De una fotografía.

¹ Schurtz, *Grundzüge einer Philosophie der Tracht*, págs. 9, 10.

² *Génesis*, III, 2, 7.

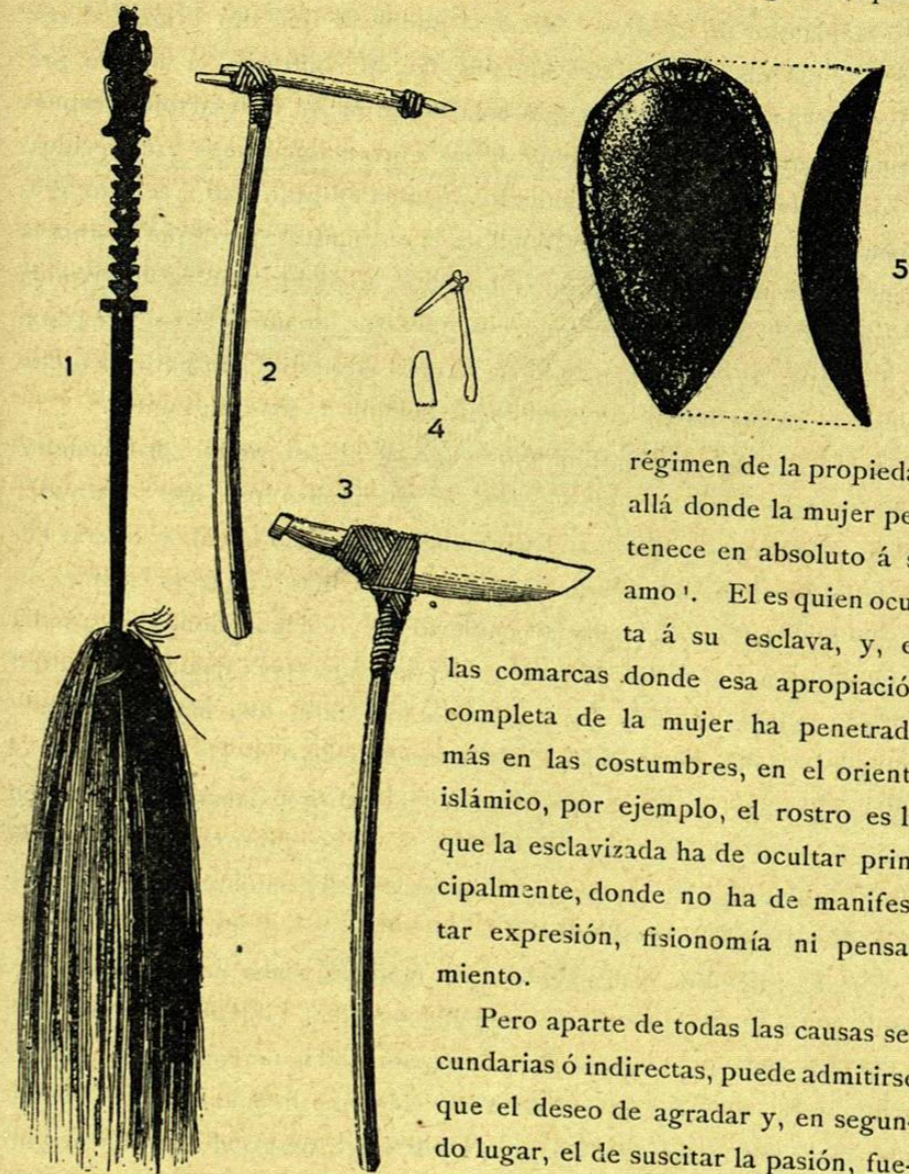
tela, sea una concha ó una verdadera caja de madera, y hasta en los cafres ricos, de marfil ó de oro¹? Se comprende que en muchas comarcas de malezas espinosas, proteja cuidadosamente el habitante la parte expuesta de su cuerpo por una funda ó un paño, como llevan casi todos los pueblos salvajes; pero no pueden considerarse como un vestido protector, ni menos como un velo púdico esos adornos breves que no pueden tener otro resultado que atraer las miradas hacia los órganos sexuales: algunas franjas de color y una concha brillante atraen igualmente la atención del hombre hacia la mujer. La potencia de atracción de los sexos, el uno hacia el otro, se aumenta naturalmente en proporción de los ornamentos que ocultan y revelan al mismo tiempo el hombre á la mujer y la mujer al hombre. El pudor ha de ser vencido, y con frecuencia se realza con coquetería: es la historia de la ninfa que huye hacia los sauces, medio ocultándose á medias, quizá inconscientemente, para excitar hasta el límite el ardor del amante que la persigue.

Sin embargo, no hay un hecho de orden social que no tenga orígenes múltiples, y tal es el caso del empleo del vestido: según las circunstancias, ha podido servir para desviar la atención, mientras que comunmente sirve para fijarla, y el mundo animal nos suministra ejemplos en ambas direcciones. Si el ave se adorna para atraer la hembra, la perra se sienta, es decir, oculta su órgano sexual cuando quiere alejar el macho, es natural que la mujer se cubra también parcialmente cuando le convenga rechazar las caricias del hombre. La tendencia á vestirse provendrá también, en muchas tribus, de la repugnancia que naturalmente causa la vista de los excrementos, y que se refiere hacia la parte del cuerpo que funciona como órgano excretor. Ocúltase espontáneamente lo que pueda inspirar cierta repugnancia, y se observa, en efecto, sobre todo en Africa, donde la esteatopigia es más amplia que en ninguna otra parte, la generalizada costumbre que tienen las mujeres de cubrirse las posaderas. Por lo demás, se comprende que la vista de los órganos de manducación, boca, dientes, lengua, desgarrando y chupando las carnes, puedan causar asco también, y muchos salvajes se guardarían bien de comer en público², quizá también para evitar que los males espíritus se aprovechen para entrar en el cuerpo. Por último, el

¹ Waitz et Gerland, *Ethnographie*, passim.

² P. Haan, *Bull. de la Soc. d'Anthr.* sesión 15 julio 1897.

pudor y los vestidos que impone pueden también ser originados por el



INSTRUMENTOS USADOS EN LAS ISLAS DE LA SOCIEDAD Y RECOGIDOS DURANTE EL VIAJE DE *La Coquille*, 1822-1825

- | | |
|-----------------------|---------------------------------|
| 1. Espanta moscas. | 4. Instrumentos para el tatuaje |
| 2. Azuela de hierro. | 5. Vaso de madera |
| 3. Azuela de basalto. | |

completo el cuerpo, hasta no permitir que se vea—como sucede entre

régimen de la propiedad allá donde la mujer pertenece en absoluto á su amo¹. El es quien oculta á su esclava, y, en las comarcas donde esa apropiación completa de la mujer ha penetrado más en las costumbres, en el oriente islámico, por ejemplo, el rostro es lo que la esclavizada ha de ocultar principalmente, donde no ha de manifestar expresión, fisionomía ni pensamiento.

Pero aparte de todas las causas secundarias ó indirectas, puede admitirse que el deseo de agradar y, en segundo lugar, el de suscitar la pasión, fueron entre los primitivos las causas primeras de esa necesidad de adornos que, durante el curso de los siglos, ha creado la costumbre de los pueblos civilizados y acabado por cubrir por

¹ Kar von der Steinen, *Central-Brasilien*.